

IN MEMORIAM ENRIQUE

Joaquín Mellado Rodríguez

Académico Numerario

Enrique Aguilar perteneció a la primera promoción de la Facultad que, durante los dos primeros cursos, 1971-1972 y 1972-1973, fue Colegio Universitario de la Universidad de Sevilla en Córdoba. Para el alumnado fueron años difíciles, especialmente aquellos dos primeros cursos sin apenas relación con el profesorado, que veníamos desde Sevilla a impartir nuestra asignatura un día a la semana. Esa primera promoción se vio obligada a ir abriendo caminos nuevos, sin modelos que imitar en su devenir académico, al carecer de cursos superiores y tradición universitaria. Casi la mitad de los alumnos eran Profesores de EGB que no habían tenido oportunidad de continuar sus estudios para alcanzar una licenciatura y, a la primera ocasión que se les presentaba, se matricularon de forma masiva, hasta tal punto que en la segunda promoción hubo que desdoblarse el curso y poner uno de los dos grupos por la tarde para facilitar así la asistencia de los numerosos maestros, que terminaban su jornada profesional a las 17:00 h. Pues bien, fue precisamente Enrique, que experimentaba en primera persona las dificultades que tenían los maestros para seguir la docencia y ritmo del curso, uno de los que puso más énfasis en el intento hasta conseguir ese desdoblamiento, con gran provecho para todos sus colegas.

Dinamizador incansable de la multitud de actividades lúdico-festivas que organizaba esta primera promoción, a muchas de las cuales nos invitaban a participar a los profesores, consiguiendo en esos encuentros el establecimiento de estrechas relaciones impensables en una universidad tradicional. Esa experiencia positiva, que con tanto cariño recordamos los profesores de entonces, contrarrestaba en gran medida las arduas dificultades que aquellos jóvenes profesores teníamos que superar para cumplir dignamente con nuestra responsabilidad docente, actividad que teníamos que compartir con la preparación de nuestras tesis doctorales rodeados de carencias de todo tipo, desde la falta de bibliografía específica para preparar las clases hasta la falta total de despachos donde poder trabajar.

Siendo Enrique todavía alumno, pero ya casado, comenzó a frecuentar una pequeña tertulia que formábamos un grupo de profesores para tomar una cerveza al término de nuestra jornada laboral al mediodía del sábado, primero en El Churrasco y después en Casa Pepe de la Judería, cerveza que iba acompañada de algún selecto producto culinario preparado por el propio Pepe. Sirvió de enlace un profesor de Literatura, Joaquín Crido, recientemente llegado a la Facultad desde la denominada entonces Escuela de Magisterio, donde compartía docencia y departamento con una joven Catedrática de Literatura, compañera suya de carrera en la Universidad Complutense, María José Porro, esposa de Enrique. En esos encuentros se fue forjando nuestra amistad y pronto empezamos a salir todos (o casi todos) con nuestras esposas los sábados por la noche. Con esa simpatía y locuacidad que Dios le dio, y una espontaneidad sorprendente, Enrique asumía con frecuencia el protagonismo en nuestras reuniones. Eran los últimos años del franquismo y no faltaban temas de conversación al ya historiador de la contemporaneidad en ciernes y siempre atento a la sucesión de acontecimientos políticos que, poco a poco, iban transformando nuestra sociedad y adaptándola a los nuevos tiempos. Gracias a él vivimos más de cerca y fuimos más conscientes de la enorme complejidad política del momento y la habilidad y fortuna de quienes gobernaron el timón de lo que hemos dado en llamar la Transición. Fueron naciendo niños en el seno del grupo con el freno consiguiente a las salidas nocturnas de los padres, hasta el momento en que solo M.^a José y Enrique y mi esposa y yo estábamos sin niños; no suprimimos las salidas, pero sí las modificamos: establecimos la norma de cenar los sábados los cuatro, alternativamente, en su casa o en la nuestra hasta que también a nosotros nos bendijo Dios con la paternidad. Fueron tiempos que recuerdo con especial cariño y en los que conocimos y trabamos amistad con toda la familia de Enrique. Los lazos de amistad del grupo siguieron estrechándose, especialmente tras hacernos todos socios del Real Aeroclub, donde compartíamos muchas horas y también nuestros hijos, a medida que fueron llegando, y donde Enrique demostró una vez más sus excepcionales dotes para favorecer la convivencia y amenidad en nuestras reuniones, a lo que debemos añadir la organización de excursiones y todo tipo de actividades lúdicas, incluida alguna sesión de hipnosis (había aprendido a hipnotizar, aunque no tardó mucho en dejarlo). Él disfrutaba y nos hacía disfrutar a todos los que nos encontrábamos en su entorno; de esta manera, llegamos a contraer con él una enorme deuda de gratitud.

Uno de los mayores logros de Enrique Aguilar en su vida profesional fue poner en funcionamiento y dirigir con mano certera la que entonces se llamó Cátedra Intergeneracional «Francisco Santisteban» de la UCO,

hoy convertida en Centro Intergeneracional «Francisco Santisteban», en el que me cabe el honor de haber contribuido con mi granito de arena. En efecto, un día de la primera semana de febrero de 1997 se presentó en mi despacho, en la Facultad de Filosofía y Letras, Rafael Ayuso, entonces Secretario General de la Universidad. Venía de parte del Rector, Amador Jover, a decirme que me hiciera cargo de poner en marcha una cátedra de mayores, en la que estaba muy interesado D. Francisco Santisteban, catedrático de Patología Quirúrgica, Cirugía y Obstetricia Veterinaria. De hecho, me mostró un folio en el que el propio profesor Santisteban avanzaba un breve resumen de la idea y adelantaba los títulos de algunos de los posibles cursos que, a su juicio, deberían ofertarse, entre los que figuraban «Historia de Córdoba», «La Córdoba Musulmana» y «Literatura y poesía» (*sic*); y con el propósito de comenzar las clases a mediados de mes, solo unos diez o doce días después de nuestra conversación. Le pedí a Rafael Ayuso que transmitiera al Rector mi agradecimiento por una oferta tan atractiva y tentadora, pero que me veía obligado a declinar la invitación, pues no disponía de tiempo; yo entonces dirigía el Instituto de Ciencias de la Educación (ICE) de la Universidad y estaba enfrascado en un importante proyecto de investigación financiado por el Ministerio. Rafael me respondió que no se trataba de una oferta, sino de una orden y que el Rector le había dicho que no saliera de la Facultad sin haber solucionado el encargo. No tuve que pensar mucho para elegir a la persona adecuada: le pedí a Rafael que me acompañara y nos presentamos en el despacho de Enrique a exponerle el asunto. Como yo había previsto, no se hizo de rogar y antes de que termináramos de hacerle la propuesta, ya estaba bosquejando el proyecto. No hace falta añadir que el Rector quedó encantado con la oferta y que los cursos, a pesar de la premura y obligada improvisación, comenzaron a funcionar dentro del mes de febrero, según estaba previsto. Y, bajo su acertada dirección, la Cátedra experimentó un crecimiento vertiginoso, consolidándose y convirtiéndose rápidamente en la «joya de la corona» de la Universidad. Dejó la dirección de la Cátedra para hacerse cargo de la Secretaría General de la UCO bajo el mandato del Rector Eugenio Domínguez (2002-2006), responsabilidad que tuve ocasión de seguir muy de cerca, pues coincidió con mi segundo mandato de decano de la Facultad y comienzos del tercero. Nuestro querido amigo y colega en la Universidad y la Academia, José Roldán Cañas, entonces Vicerrector en el mismo equipo rectoral, ya ha dejado constancia del papel desempeñado por Enrique en el Rectorado; pero a ese testimonio de primera mano quiero añadir el mío desde la perspectiva de la Facultad. Como es conocido por todos los universitarios cordobeses, la Facultad de Filosofía y, con más propiedad, los centros vulgarmente llamados «de Letras», nunca habían gozado de importante peso específico en los equipos

rectorales, lo que tenía su lógica repercusión en la gestión del día a día y en una pugna continua con el bloque de Ciencias, especialmente a la hora de la distribución presupuestaria, pero no solo en ese ámbito. Y he de decir que en mis frecuentísimas gestiones en el rectorado siempre conté con el apoyo decidido de Enrique, que no se privaba de manifestarlo públicamente en las sesiones de la Junta de Gobierno, donde defendíamos con uñas y dientes los intereses de la Facultad.

No me gustaría, pero necesariamente he de aludir a sus últimos años, aquellos que tuvo que compartir con la tremenda enfermedad de la ELA, en los que nos dejó un testimonio imborrable de valentía, de generosidad y solidaridad, poniéndose al servicio de la ciencia para que experimentaran con él, pero, muy especialmente, de profesionalidad: continuó la impartición de sus clases por encima de todo tipo de dificultades, contra viento y marea, mientras tuvo la mínima sensibilidad en los dedos para conducir la silla eléctrica en la que se desplazaba acompañado de una persona auxiliar.

Pero la imagen de Enrique que yo prefiero mantener viva en mi memoria es la del Enrique jovial, dicharachero, amigo de sus amigos, solidario, predispuesto siempre a echar una mano, espontáneo, aquel que, en cualquier celebración u homenaje, sin haber consultado previamente con nadie, se levantaba, pedía silencio y comenzaba con aquella muletilla «Interpretando el sentir de mis compañeros...». Lo hacía con tal gracejo que nadie se sentía molesto, sino todo lo contrario, porque se arrogara tal representación. Este es el colega y, sobre todo, el amigo que quiero recordar siempre.

Querido Enrique, que Dios te haya pagado con creces todo el bien que fuiste sembrando a lo largo de tu vida, bastante más corta de lo que hubiéramos deseado.